
Los legionarios de Cristo

Mientras la jerarquía eclesiástica se reunía en el Vaticano durante el año pasado para explicar a la opinión pública su pasividad ante los abusos sexuales de sacerdotes contra los niños en algunas parroquias de Boston, Nueva York y otras ciudades del mundo, Alfonso Torres Robles presentaba la experiencia de una orden religiosa católica muy exitosa en México cuyos orígenes están también marcados por las acusaciones de pedofilia de Marcial Maciel, su fundador.

El momento para publicitar *La prodigiosa aventura de los Legionarios de Cristo* es sin duda acertado. El escándalo producido por las declaraciones de fieles estadounidenses, la pérdida del apoyo en recursos que recibía la iglesia de los católicos en ese país, los debates públicos sobre la ley canónica que impone el celibato a sus ministros y la indignación general por los mecanismos "institucionales" utilizados por la jerarquía para esconder estos abusos sin siquiera preocuparse de las víctimas, contribuyen al interés suscitado por esta publicación.

El libro pone una vez más en escena el tema del control de la

sexualidad que ejerce la iglesia en nombre de una santidad que, como se ha hecho público y notorio, no sólo afecta a quienes se comprometen con el estilo de vida sacerdotal sino disloca o destruye la vida de personas, normalmente niños, jóvenes y mujeres, que terminan siendo sus víctimas sin que la institución se haga responsable o reconozca el daño que estas normas hacen a otros.

Lo curioso del caso es la reacción de los católicos que tienden a minimizar estos hechos, como si no les creara dudas o dilemas morales. En general, ellos los elaboran como casos aislados, como un costo esperado ante una norma que no todos están preparados para asumir y para evitar resolver el dilema ético recurren al mecanismo del perdón o al de la obediencia a la jerarquía, cerrando los ojos y manteniendo su fe.

Por eso es posible suponer que la pérdida de legitimidad del catolicismo después de los escándalos del 2002, e incluso después de leer el capítulo muy bien documentado sobre las acusaciones de diferentes personas víctimas de los abusos sexuales de Marcial Maciel presentado por Alfonso Torres Robles, sólo se limitará a los afectados, a sus familias y confirmará las posturas críticas de quienes sospechaban que el control de la sexualidad por parte de un grupo de varones que se

adjudica poderes superiores en nombre del celibato tiene graves consecuencias negativas.

Este capítulo, pero también toda la obra, estimula a reflexionar sobre la función de la obediencia de los fieles a las autoridades religiosas más allá del campo espiritual. Y en efecto, si se retoman las reflexiones de Burque —un conservador inglés clásico— cuando advierte sobre los peligros del laicismo de la revolución francesa en el orden social, se puede comprender la complicidad —no siempre explícita— entre los sectores sociales y políticos conservadores y las autoridades religiosas. Para Burque el papel de la religión, cualquiera sea su credo sería “Obstruir las inclinaciones, controlar la voluntad y restringir las pasiones pues... la religión como institución pública a la que la población es leal y le tiene respeto formal, permite conservar el orden social, evita el individualismo y fortalece la pertenencia comunitaria” (Edmond Burque, *Reflections on the French Revolution*).

Por eso, más allá del control de las pasiones, la iglesia cumple con un papel fundamental en la preservación del orden social. La gente común perdona y obedece y los

sectores conservadores apoyan los dictados de la jerarquía para evitar los costos de un conflicto alrededor de cuestiones religiosas en el orden social. Para los conservadores la iglesia es en consecuencia un pilar valioso para mantener al estado y la sociedad, pues su arraigada disciplina y su tradición contribuyen a la paz social y a la tranquilidad de la gente. Más allá de su dimensión espiritual, para los conservadores el valor de la iglesia radica en su capacidad institucional para generar obediencia al orden familiar, la comunidad local, la parroquia, el barrio y los grupos de ayuda mutua de todo tipo contra el peligro de desorden anunciado por el laicismo, la individuación o la preeminencia del estado. Las iglesias, cualquiera que sea su credo, aseguran la presencia de los grupos intermedios tradicionales del orden social y los conservadores se preocupan por estimularlos.

Estas ideas primigenias, con matices, moldean el pensamiento conservador contemporáneo de distintos sectores de la política y la iglesia que, como sus antecesores, anclan sus posturas en la defensa de valores como tradición, propiedad, autoridad, libertad y religión.¹

¹ Al respecto ver Robert Nisbet, *Conservadurismo*, Alianza, El libro de Bolsillo núm. 1728, Madrid, 1986.

Pese a que hoy presentan discrepancias ideológicas con el individualismo neoliberal, los conservadores coinciden con ellos en fortalecer el localismo, la comunidad, la descentralización, los sectores intermedios de la sociedad, la filantropía y la limitación del poder estatal a sus facultades constitucionales, pues éste debería desligarse de la satisfacción de los derechos sociales o económicos. El desmantelamiento del estado de bienestar es una prueba de esa coincidencia.

En el plano político, los conservadores luchan para imponer su hegemonía y en esta tarea la iglesia institucional se conforma como un factor central para mantener el orden social y la dominación política.

La prodigiosa aventura de los Legionarios de Cristo ejemplifica con creces este patrón y se constituye en un caso de gran interés en la medida que narra la experiencia de un sector católico conservador que ha sido capaz de conseguir recursos, movilizarse y ofrecer opciones modernas de integración a los sectores medios y altos de sociedades marcadas por la economía de mercado.

El libro reseña la tarea de una congregación religiosa de derecho pontificio vinculada con tareas pastorales cuyos propósitos no explícitos, aunque sociológicamente sustentables, se fundan en el pen-

samiento conservador y se orientan a la formación de élites y redes de élites que desde diversos ámbitos de la sociedad y la política sean capaces de propiciarlo y mantenerlo.

Esta misión no es banal para los mexicanos si se considera que los Legionarios de Cristo surgen en México y que gracias al apoyo de los sectores más conservadores, vinculados al empresariado, los partidos y la iglesia católica del país y de España fundamentalmente, han logrado tener presencia en la región latinoamericana.

Así este libro se constituye en un esfuerzo que organiza distintos materiales vinculados con los Legionarios de Cristo y ofrece un panorama sobre sus orígenes mexicanos en 1946, su desarrollo en España y México, su difusión en otros países de América Latina y Europa, destacando sus estrechos vínculos con El Vaticano y con los grupos empresariales y dirigentes de los diversos países donde opera.

El interés también radica en hacer pública una experiencia a los extraños que carecen de información sobre la organización, sus proyectos o estrategias. Y, en efecto, aunque se sabe de la existencia de legionarios, en general se desconocen sus características y su ámbito de influencia en la sociedad y la política. Ese desconocimiento, así como la actuación encubierta de sus

integrantes, provoca desconfianza, curiosidad y probablemente mitos que amplifican su importancia.

Desgraciadamente, el libro no cubre todas las expectativas de lectores interesados por averiguar con fundamentos las características sociales, de edad, sexo o profesión de los miembros que participan activamente, y, al parecer, con un estilo militante, en distintas esferas de la sociedad, ocultos por otros roles, pues su adhesión a la organización no es pública. Tampoco esclarece las razones de su enorme éxito y aceptación, el compromiso que genera entre algunos sectores de la sociedad contemporánea, especialmente entre los jóvenes de clase media y alta, ni el impacto social de sus actividades.

El problema queda, sin embargo delineado por el libro, que plantea la necesidad de verificar muchas de las afirmaciones que el autor deduce de información parcial, o de asociaciones entre hechos o entre personas que no necesariamente se apoyan en información confiable. Y, sin embargo, el texto aguijonea la curiosidad y constituye un estímulo para investigar desde una perspectiva sistemática a una orden religiosa de la cual depende una estructura laica dedicada a concretar sus fines, creando redes nacionales e internacionales que hoy actúan modernizando sus estrate-

gias organizativas y probablemente discursivas para influir en la sociedad y la política de los países donde tiene presencia. Se trata, como dice el autor, de otra de las empresas transnacionales de la iglesia católica, similar por su ambición evangelizadora y por sus estrategias terrenas al Opus Dei o la Compañía de Jesús. Su interés, no obstante, va más allá, pues esta organización contiene una dimensión modernizante y modernizadora capaz de movilizar, probablemente por motivos muy distintos, a gente que busca un sentido de pertenencia, un proyecto, reconocimiento o simplemente un espacio de relaciones que dé acceso a círculos de poder.

La prodigiosa aventura de los Legionarios de Cristo es una obra que esboza las características de esta empresa religiosa y la vincula con la vida social contemporánea. Varias de sus ONG y programas forman parte del universo cotidiano en el país, gracias a la publicidad. Y en efecto, organizaciones como Gente Nueva, Familia Mexicana (Fame) o programas como Mano Amiga, Programa Un Kilo son conocidas para el público. Lo que no se conoce es que esas y otras organizaciones y programas se vinculan directamente con legionarios. Por esto el libro, pese a ser descriptivo más que analítico, en su

tratamiento de la organización presenta un esbozo de los legionarios lo suficientemente claro para entender las formas de operar de la iglesia católica —en su versión conservadora— en las sociedades contemporáneas modernas.

Los capítulos y apartados del libro de Torres Robles están ordenados en una primera parte donde se describe a grandes pinceladas la trayectoria de la orden en forma cronológica. Posteriormente destaca algunos rasgos del proyecto religioso y terrenal subrayando las estrategias para obtener financiamiento, apoyo de los sectores dirigentes y clases empresariales así como del papado para sostener la orden y legitimar sus actividades. Pese a que por sus orígenes la organización se articula entre México y España, el autor narra en capítulos separados las experiencias recientes por país.

Desde sus comienzos, los Legionarios se orientaron principalmente a la educación y, aunque hoy han diversificado sus actividades, a cincuenta años de su fundación cuentan con una red de 145 escuelas, una decena de universidades privadas de excelencia para laicos de clases medias y altas y algunas escuelas para niños pobres, integradas a la red Mano Amiga, 21 institutos y 632 centros de apostolado en 92 ciudades.

Estos datos de por sí impresionantes remiten indirectamente a la influencia de legionarios en el Vaticano si se considera que en sus centros religiosos se forma la mayor cantidad de jóvenes para el sacerdocio y el apostolado laico, y que en sus colegios y universidades se educan élites dispuestas a trabajar en sus países. Si bien en los comienzos de la orden, su fundador consiguió el apoyo de católicos ricos o de políticos influyentes para establecer relaciones con Pío XII, hoy Karol Wojtyła los protege, ya que la orden cuenta con 500 sacerdotes, 2 500 seminaristas y cerca de 500 000 seglares organizados en la región latinoamericana, cuyo control es central para el Vaticano pues tiene el mayor número de fieles en el mundo. Ante esta contundencia que se presenta en medio de una crisis del catolicismo en los países europeos y en Estados Unidos, los detalles de la vida personal de su fundador son desestimados por la jerarquía, los benefactores privados y los miembros de la congregación. La capacidad empresarial, el liderazgo y la eficiencia de Marcial Maciel logran así opacar los perjuicios provocados por su comportamiento sexual y olvidar los juicios pendientes en su contra.

La parte del libro dedicada a la educación en México es interesante pues habla de las estrategias por

medio de las cuales legionarios logran influencia y legitimidad. La educación es un valor compartido por las clases sociales y ello permite que diversos sectores se involucren en este proyecto sin poner obstáculos. Así, en el país han obtenido el apoyo de banqueros y empresarios, católicos y judíos, priístas y panistas, mujeres y hombres. En fin, de personas que si bien comparten una posición económica, presentan una enorme gama de opciones ideológicas y religiosas. Estas personas y empresas han permitido que la congregación, además de poseer colegios particulares controle la universidad Anáhuac, uno de sus grandes éxitos que funciona en el mejor estilo de legionarios. Creada gracias al apoyo de benefactores poderosos cuyo patrocinio, de acuerdo con el tacto y diplomacia de los miembros de Legionarios es "siempre cultivado y reconocido", su experiencia se ha convertido en un modelo a seguir en otros países.

Dado que la congregación mantiene vínculos con el exterior, los egresados de la Anáhuac tienen facilidades para continuar sus estudios de maestría, doctorado o especialización en centros educativos de la misma orden en otros países, pero, sobre todo, en España donde Legionarios, gracias a convenios y complicidades, han

logrado insertar a sus miembros en instituciones públicas y sacar provecho de su infraestructura y de su profesorado. En este sentido, uno de los ejemplos que llama la atención en España es el de la Universidad Complutense, cuyos vínculos con legionarios describe el autor y remite al uso de un bien público por parte de intereses privados.

La estrategia educativa de la Universidad Anáhuac, considera un modelo por la congregación, es formar líderes que ocupen posiciones dominantes en la sociedad mexicana. Su experiencia se replica en Yucatán con la creación de la Universidad del Mayab para el sureste.

Más allá de una narración fundamentada sobre la actividad educativa de esta orden religiosa, el libro contiene información sobre las redes de actores e instituciones del mundo eclesial, político o privado que, en forma poco visible para la sociedad y el público, participan y contribuyen en las diferentes iniciativas de Legionarios. Un hecho de interés que vale la pena retener es que los Legionarios no aparece prácticamente nunca como tal ante el mundo público. Y cuando los medios de comunicación han planteado debates han sido fuertemente golpeados por tratar de hacerlo. Las dificultades que el periódico *La*

Jornada y sobre todo el canal 40 enfrentaron cuando hablaron de Legionarios lo demuestran. El libro describe con precisión la hostilidad hacia *Ciro Gómez Leyva*, periodista de ese canal, cuando realizó un programa sobre las denuncias de abuso sexual hechas por antiguos seminaristas que fueron entregados antes de los 17 años por sus familias a *Marcial Maciel* —a quien llamaban “*Mon Pere*”— para “formar y ganar para Cristo a los líderes de América Latina y del mundo”, propósito de la misión de Legionarios. El periodista fue presionado y amenazado por autoridades políticas del más alto nivel y el canal 40 perdió el pa-

tratinio de grandes empresas que aseguraban la publicidad y la sustentabilidad del medio. Esta experiencia es descrita con detenimiento por *Jorge Torres Robles* al final del libro y nos recuerda una vez más que la ambigüedad y la incoherencia entre los valores religiosos y las prácticas terrenales no constituyen un dilema cuando se trata de mantener el orden y la hegemonía del pensamiento conservador.

María Luisa Tarrés

Alfonso Torres Robles, La prodigiosa aventura de los Legionarios de Cristo, Foca Ediciones, Madrid, 2001.